

sachusetts, se planteó hace casi diez años escribir un libro sobre las técnicas psicotecnológicas antes citadas. En el curso de su investigación descubrió que a lo largo de toda la historia de la humanidad habían existido teorías y métodos para que unos hombres ejercieran el control sobre otros. Había un proceso «social recurrente en cuyo seno interactúan ciertas clases de ideas y prácticas». La psicotecnología es el último y más sofisticado método de control. Chorover se decidió a investigar la relación que históricamente ha habido entre el poder de controlar la conducta y el significado o definición de la naturaleza humana.

*Del Génesis al genocidio*¹ parte de la base de poner en duda la supuesta imparcialidad de la ciencia. Los productos conceptuales-materiales son utilizados como armas sociales. Para demostrarlo hace un repaso histórico que comienza con Aristóteles y la justificación de la esclavitud, pasa por el enfrentamiento entre el pensamiento de la Iglesia Católica y todo avance hacia la racionalidad científica, por la aplicación de ideas biológicas, supuestas superioridades racionales, ideas lombrosianas y clasificaciones por raza y sexo que se han acomodado en cada momento a las necesidades del poder, llega al nazismo, y termina en los tests de Coeficiente Intelectual, y las técnicas de cambio de conducta aplicadas en prisiones y hospitales de los Estados Unidos a presos, locos, homosexuales, niños y todo aquél que, con sus actitudes, contravenga el orden establecido.

El gran interés y valor del libro de Chorover se encuentra en que mientras narra casos absolutamente cotidianos

que, sin ninguna duda, no sólo ocurren en las prisiones y hospitales de Estados Unidos, nos explica los fundamentos ideológicos de dichas prácticas. Aquí nos encontramos con el mito de la *esencial perversidad* de algunos grupos humanos que, por regla general, acompaña a la intrínseca y natural desigualdad entre los humanos. Un estado de cosas que le lleva a escribir a Skinner que «cada uno de nosotros... está empeñado en una encarnizada batalla con el resto de la humanidad... Cada uno de nosotros tiene intereses que chocan con los intereses de todos los demás. Este es nuestro pecado original, y no podemos hacer nada por evitarlo...».

El renacimiento de la sociobiología, el intento de esquematizar la complejidad de cada individuo, y de las relaciones sociales, es un fenómeno al que es necesario prestar atención. Mientras Chorover denuncia la ideología biologista, son muchos los autores que están buscando explicaciones basadas en modelos biológicos de la sociedad. Tal es el caso, por ejemplo, de Kenneth E. Boulding, quien en su libro *Ecodynamics. A New Theory of Societal Evolution* considera «la historia humana como continuación, aunque con una estructura más compleja, de la larga historia de la evolución biológica e incluso prebiológica»². Boulding desarrolla su teoría, que podríamos llamar ecológica de derechas, y arriba a conclusiones que justifican la guerra nuclear limitada como método de selección natural.

Chorover termina su libro con unas reflexiones sobre las posibilidades de desembocar en una guerra nuclear en tanto y en cuanto se desarrolle e incrementa un tipo de pensa-

miento desintegrador, que escinde los conflictos del contexto a la vez que busca explicaciones en una supuesta ciencia pura. Si hemos contrapuesto en el final estos libros es en función de ver dos posiciones: una de ellas nos conduce a la represión y la catástrofe. La otra, con rigor y profundidad, nos hace una propuesta de revisar el funcionamiento del poder desde otra parcela que la de la política directa.

¹Stepan L. Chorover: *Del génesis al genocidio*. Blume Ediciones. Madrid, 1982.

² Existe un excelente artículo de Manuel Sacristán sobre este libro titulado *La ecodinámica de K. E. Boulding*. «Mientras Tanto», n.º 9. Barcelona, 1981.

UNA RECUPERACION CRITICA DE MARCUSE

S. Sánchez Torrado

Una de las deficiencias de nuestra vida cultural es el olvido injusto y prematuro en que se sumerge a determinados autores. Este es el caso de Marcuse. La cuarta edición de este libro suyo (*) resulta significativa porque supone la actualización de su pensamiento y el reconocimiento de su vigencia. Bien puede decirse que el conjunto de sus aportaciones es válido, aunque merezca una cuidadosa revisión y constituya una base para el debate ideológico.

Una amplia y cuidada introducción de Miguel Siguán en torno a la vida y la obra de

Marcuse sitúa cumplidamente la figura intelectual y el perfil político del autor. En esta introducción se afirma que Marcuse sigue siendo un desconocido, una especie de ser mítico que se presenta sin contornos apreciables. El itinerario intelectual de Marcuse se describe minuciosamente: discípulo de Husserl y de Heidegger, simpatizante del marxismo, profundo estudioso de la obra de Hegel; su condición de emigrante y la influencia de ésta en la evolución de su pensamiento, etc. Se hace también aquí una presentación y valoración sumaria de sus obras principales: *Razón y revolución*, *Un análisis crítico del marxismo soviético*, *Eros y Civilización* —donde Marcuse expone a Freud para tomar partido frente a él y proponer una nueva interpretación del hombre.

La filosofía de Marcuse parte de una preocupación revolucionaria, intentando coordinar y fundamentar sus ideas sobre el carácter represivo de la sociedad contemporánea. Resultado de estas reflexiones es un nuevo libro: *El hombre unidimensional*, acaso el más lúcido e incisivo de los suyos. Para Marcuse, el hombre vive alienado en una sociedad que no conoce otros valores que la eficacia y el poder. Y se propone, asimismo, aclarar las raíces intelectuales de la sociedad industrializada: la ciencia dirigida a la técnica, la dimensión cuantitativa, la desaparición de toda idea de finalidad en la interpretación de la realidad, que es plenamente analizable pero deja de tener sentido.

Marcuse se define por la búsqueda de una dialéctica que sea a la vez razón del ser y del deber-ser, de la teoría y de la praxis, de la naturaleza y de

la historia. Le interesa, sobre todo, el redescubrimiento del hombre contra la alineación técnica y sus manifestaciones en la sociedad industrializada. De ahí deriva su liderazgo intelectual en los movimientos de rebelión estudiantil. La liberación de la represión es imposible sin lucha, y la intolerancia liberadora podría ser el lema frente a la tolerancia represiva. No hay aquí juego vacío de palabras, sino una decidida apuesta por la «utopía posible».

El primero de los ensayos que recoge este libro es un estudio acerca del *Individuo en la gran sociedad*. Es un trabajo sugestivo, que muestra cómo los hermosos proyectos de la «Gran Sociedad» se desvanecen ante el rudo impacto de la civilización capitalista. Marcuse no deja de indicar pautas concretas: la guerra contra la pobreza puede sostenerse más eficazmente mediante una reorientación de la producción que por un incremento de la misma, por ejemplo (pág. 46). Hay que señalar también que el lenguaje de Marcuse no es enfático ni ideologizado sino concreto y proyectivo. Insiste mucho en los factores educativos, el trabajo y el tiempo libre, la política y la diversión. Es preciso pasar de un individualismo cerrado a un disentimiento crítico y creador. El «reino de la libertad» de Marx presupone una organización social del trabajo presidida por patrones de racionalidad en la satisfacción de necesidades individuales para la sociedad en su conjunto.

En sus *Notas para una nueva definición de la cultura*, Marcuse entiende la cultura como el complejo de creencias y realizaciones distintivas que constituyen el «telón de fondo» de una sociedad. La cul-

tura es algo más que una ideología. Es un cierto proceso de sublimación de la agresión, la violencia y la miseria contemporáneas. Constituye, ante todo, un problema de estructura social. El paralelismo que establece entre civilización y cultura y los elementos que respectivamente configuran no parece del todo convincente (pág. 94). Según Marcuse, una redefinición de la cultura tendría que ir en contra de las tendencias más poderosas. En esto —como en otros puntos— no parece que se le haya hecho mucho caso. Hay ciertamente en todas las afirmaciones de Marcuse un gran contenido moral: él defiende la pacificación social por encima de la productividad y de la agresión. Trata de pacificar la lucha por la existencia.

Para Marcuse, la distinción tradicional entre ciencia y tecnología se vuelve dudosa. La ciencia ha creado su propia cultura. El universo de la cultura no científica es multidimensional, y la reorientación de la ciencia implica cambios políticos y sociales, el surgimiento de una sociedad esencialmente diferente.

La liberación de la sociedad opulenta es el tema del siguiente ensayo que recogen estas páginas. Es un trabajo de notable envergadura política y ética, que permite aplicaciones muy directas a nuestra realidad. En él, Marcuse plantea insistentemente la necesidad del salto al reino de la libertad, es decir, de una ruptura total con el sistema. Propugna —con acentos que no han envejecido— la abolición de los mecanismos e instituciones de represión. El cambio que se precisa es un cambio cualitativo, un cambio del sistema mismo en su conjun-

to. La distinción entre cambio cuantitativo y cualitativo no se identifica con la distinción entre reforma y revolución. Sólo la conjunción de ambos es revolución en el sentido esencial y verdadero (páginas 133-134).

Marcuse trata de definir el socialismo en sus términos más utópicos, como fuerza para la transformación de la existencia humana y de su entorno. Está en juego una nueva antropología, de caracteres cualitativamente diferentes. La imaginación creadora, la racionalidad, la sensibilidad y el juego se convierten en fuerzas de transformación. Los intelectuales ejercen en todo ello una función preparatoria decisiva. Y la tarea política de la oposición es activar la contradicción manipulada y reprimida, hacerla actuar como catalizador del cambio. Todo empeño educativo está caracterizado políticamente para Marcuse.

El libro se completa con otros dos trabajos: *La dialéctica y la lógica después de la Segunda Guerra Mundial* y *La ideología de la muerte*. A pesar de las deficiencias en la exposición ordenada y sistemática de los problemas y del —a veces— escaso rigor pedagógico del autor, sus aportaciones son válidas, actuales, de gran vitalidad y coherencia ética, admirables por su altura y limpieza nada retóricas. El mensaje profundamente humanizador de Marcuse nos sigue haciendo falta y está presente intensamente en estas páginas.

(*) Herbert Marcuse: *Ensayos sobre política y cultura*. Ed. Ariel. 1982 (4.ª edición).

LA MEMORIA DE LA VANGUARDIA

Miguel Gato

Uno de los acontecimientos literarios del año es, sin lugar a dudas, la aparición de las memorias de Luis Buñuel (*), escritas tras largas conversaciones con el cineasta, guionista de algunas de sus películas, Jean-Claude Carrière. En ellas el director aragonés va desgranando sus recuerdos, las impresiones vividas e imaginadas con el mismo talante, directo e iconoclasta, con que ha hecho sus películas.

Leyendo la memoria de Luis Buñuel quedan claras algunas cosas. Por ejemplo: el nacimiento y creación del lenguaje cinematográfico fue debido, en buena medida, al ambiente de creación febril que existió en los primeros años del siglo.

No cabe la menor duda que el pensamiento de estos últimos años no está atravesando un momento culminante. Terminada, al mismo tiempo que la Segunda Guerra Mundial, la época de las vanguardias, el pensamiento y, con él, el arte, han ido deshojando una margarita cuyo crecimiento había tenido lugar algunos años antes. Es evidente que lo que se hace por el momento es vivir de rentas o, todo lo más, completar un camino que ya está abierto.

Naturalmente, ésto, como casi todo, es tan sólo una verdad a medias, pero de lo que no cabe duda es de que la cul-

tura está atravesando un bache creativo del que mucho me temo tarde bastante en salir.

Lo primero que llama la atención en la conversación que Buñuel mantiene con el lector es el grado de libertad con que siempre ha concebido su obra. Esta característica asombrosa, si tenemos en cuenta las circunstancias en que fue concebida, no nace tan sólo de un empecinamiento personal sino de un talante, cierta actitud, que puede hacerse ostensible a buena parte de los creadores que nacieron con el siglo. Nunca la libertad estuvo más presente en la creación que en aquellos años, y nunca el artista llevó tan hasta sus últimas consecuencias la creación en libertad.

En el cine, que es lo que nos ocupa, lo anteriormente dicho está muy claro. Los pioneros, los hombres que a base de inteligencia e intuición crearon el lenguaje cinematográfico, fueron los que al ir completando su obra moldearon lo que hoy entendemos por cine. Desaparecida esta generación, hecho que tiene lugar en la década de los cincuenta —con excepciones, naturalmente—, tan sólo se extiende ante nuestros ojos un yermo inmenso. Situación que todavía no ha cambiado, a pesar de la excepción que supuso la *nueva ola francesa* que, en síntesis, no fue otra cosa que un acercamiento a los clásicos, una relación abuelo/nieto que no ha tenido continuidad.

Buñuel pasó sus años de Madrid en la Residencia de Estudiantes, verdadero vivero en el que se creó una generación que introduciría en España las nuevas ideas que circulaban por Europa. Un amplio capítulo del libro dedica a esta